

CAPITULO II

JULIO II

Datos biográficos

Juliano de la Rovere nació en Savona en el año 1441. En 1471, cuando fué hecho papa un tío suyo, Francisco de la Rovere, con el nombre de Sixto IV, ocupó altas posiciones.

De acuerdo con la tendencia de Sixto IV de fomentar maravillosamente los intereses de su casa, no encuentra obstáculo en acomodar a los suyos.

Uno de sus sobrinos, Jerónimo Riario, encuentra excelente ubicación en Imola y Forli; otro, Juliano de la Rovere, fué una de las figuras más prestigiosas y dominantes del Colegio de cardenales.

Juliano fué nombrado obispo y poco después cardenal con el título de *San Pedro ad Víncula*.

Su vida privada había sido bastante licenciosa; aunque no estaba reñido con la literatura, distó mucho de ser una lumbrera. Aunque no era una inteligencia extraordinaria, algo brillaba en su persona, que producía la impresión de un carácter superior, intimidaba a los demás y jamás fué tratado con muestras de desvío ni desconsideración. Realmente atesoraba una magnanimidad que las circunstancias adversas mantuvieron en estado latente, pero que se manifestó en cuanto obtuvo libertad de acción (1).

(1) Ver *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo 1º, cap. V, pág. 384, por R. Garnett.

Durante el pontificado de Alejandro VI, residió en Francia intrigando contra éste (1).

Después de una serie de vicisitudes que estudiaremos más adelante, Juliano de la Rovere fué electo papa el 1º de noviembre de 1503 con el nombre de Julio II, siendo coronado con gran pompa el 20 de noviembre del mismo año.

Fallece el 21 de febrero de 1513.

Elección de Julio II

Los servicios fúnebres para Alejandro VI comenzaron el 4 de septiembre de 1503 (2), y duraron nueve días, conforme a la regla establecida. Durante el intervalo los cardenales ausentes de Roma habían tenido tiempo de arribar. Así se señala la llegada de Soderini el 30 de agosto; la de Cornaro el 1º de septiembre; la de Juliano de la Rovere, el 3; la de Colonna, el 6; la de Riario, el 9; la de Jorge de Amboise, de Luis de Aragón y de Ascanio Sforza, el 10. Este último había obtenido del rey de Francia el permiso de tomar parte en el concilio haciéndole ver y prometiéndole votar por su candidato el cardenal de Amboise.

Los franceses creyeron asegurado el voto de once cardenales españoles; para ganar a los otros, el ambicioso cardenal de Amboise había recurrido a todos los medios imaginables: adulaciones, promesas, etc.

Los candidatos de Fernando el Católico, por otra parte, eran Piccolomini, Castro y Carvajal; en todo caso, él en-

(1) Ver *Diccionario Espasa*, tomo 28, pág. 3136.

(2) Pastor hace notar que la fecha del comienzo de los servicios fúnebres fué el 4 de septiembre y no el 3 como lo indican Villari y Gregorovius. Véase *Histoire des papes après la fin du moyen âge*, de Luis Pastor, trad. por Furcy Raynaud, pág. 175, tomo VI.

tendía excluído a Juliano de la Rovere, improbable, a sus ojos, de tener simpatías.

Durante el largo tiempo que César Borgia encontrábase en Roma, había ejercido una influencia formal sobre los cardenales españoles; después, cuando había abandonado la ciudad, y sobre todo cuando se había refugiado en el campo francés, toda esa influencia desapareció.

A partir de cierto momento, el jefe del partido español fué Carvajal. Los cardenales españoles formaron un grupo compacto; no ignoraban que el peso de todos los odios amasados contra su nacionalidad por la falta de los Borgia, caería sobre ellos.

Las probabilidades de los franceses bajaron, al poco tiempo, a simple vista. El 12 de septiembre, el embajador de Mantua decía entre otras cosas que Amboise no sería papa (1).

Desde la llegada de Juliano de la Rovere, las cosas cambiaron de aspecto. «Yo he venido aquí, decía el 5 de septiembre al embajador de Venecia, para trabajar por mí y no para otros; yo no daré mi voto al cardenal de Amboise. Si yo no puedo obtener la dignidad suprema, haré todos mis esfuerzos para que a lo menos sea confiada a un hombre cuidadoso del bien de la religión cristiana y de la paz de Italia.»

En sus entrevistas con los cardenales exponía los inconvenientes de la elección de un francés; esta elección podría traer como consecuencia la reedición de la traslación del asiento del papado a Francia. Estas consideraciones, fácilmente acogidas por los españoles, igualmente lo fueron por los italianos.

Como estos últimos tenían la mayoría en el Sagrado co-

(1) Giameto, citado por Pastor, *op. cit.*, pág. 177, tomo VI.

legio — contaba con 22 votos sobre 37 — ellos podían asegurar la elección del candidato a que se decidieran. Pero había cuestión entre ellos : un grupo patrocinaba la candidatura de Caraffa, otro la de Pallavicini, otro la de Juliano de la Rovere. El cardenal Juan Colonna apoyaba a los franceses; los florentinos y Soderini permanecían fieles a Francia. La desunión de los cardenales italianos, había tenido como consecuencia dar la preponderancia al grupo compacto de los cardenales españoles.

Poseído de una sagacidad poco vista, Juliano de la Rovere se dió cuenta de esta situación; y sin atender la apertura del conclave, él se ocupa de ganar simpatías a todo precio. El 12 de septiembre, el embajador de Mantua escribe : « Ni Amboise, ni Juliano, ni Caraffa, ni Riario, obtendrán la dignidad suprema; el elegido será ya Padocátharo, ya Piccolomini, ya Pallavicini » (1).

El 16 de septiembre fué el día de la apertura del conclave; treinta y siete cardenales, cifra inusitada, toman parte en las operaciones de ese conclave.

Algunas horas antes de la apertura del conclave, el cardenal de Amboise se decidió hacer una visita a sus rivales, Caraffa y Juliano de la Rovere.

El día siguiente — 17 — el cardenal de Amboise afirmaba todavía en todas sus conversaciones, con su acostumbrada suficiencia, que la elección se decidiría por él o por otro francés.

La verdad era que sus probabilidades iban en disminución, en tanto que las de Juliano de la Rovere aumentaban.

El escrutinio del 21 de septiembre nos da el índice de las fuerzas respectivas de los diversos partidos, y también

(1) Pastor, *op. cit.*, pág. 178.

la imposibilidad de cada uno de ellos para hacer triunfar su candidato.

El nombre de Juliano de la Rovere ocupa el primer lugar, con 15 votos; luego viene Caraffa, con 14; Amboise, con 13; Carvajal, con 12, y Riario, con 8. Ninguno había alcanzado los dos tercios necesarios para ser consagrado.

La situación reclamaba una pronta solución, y el 21 de septiembre a la tarde, Sforza, Soderini y Médicis, se deciden por Piccolomini.

Los cardenales españoles se habían declarado de acuerdo con ello, y a la mañana siguiente se realiza la elección del cardenal Piccolomini, el que toma, en memoria de su tío, el nombre de Pío III.

Dura poco en el pontificado Pío III, ya que « se duerme dulcemente y resignado a la voluntad de Dios, en la tarde del 18 de octubre (1).

El embajador de Ferrara consideró deplorable su fallecimiento; Sigismondi Tizio, dijo que la muerte de Pío III « es un gran mal para la Iglesia, para la ciudad de Roma y para nosotros » (2).

El 29 de octubre de 1503, un domingo, el cardenal Juliano de la Rovere tiene una conferencia en el palacio apostólico con César Borgia y los cardenales españoles. Se hace en esa conferencia una capitulación electoral, estipulándose, entre otras cláusulas, que el día que Juliano fuera papa nombraría a César gonfaloniero de la Iglesia y tomaría su persona y sus posesiones bajo su protección, a cargo de reciprocidad para César de la parte del papa. Todos los cardenales españoles dijeron que votarían por Juliano.

El cardenal de la Rovere no se muestra más escrupuloso

(1) Pastor, *op. cit.*, pág. 190.

(2) Nuti, *Lettera di Sigismonde Tizio*, citado por Pastor, *op. cit.*, cap. cit.

que sus colegas en escoger los medios que habían de llevarlo al pontificado, practicando la adulación, la promesa y otros medios corruptivos para llegar a tal fin.

Antes de la apertura del conclave, la candidatura de Juliano era abiertamente sostenida por la mayoría de los cardenales italianos, por los cardenales venecianos a los cuales sus gobiernos habían dado instrucciones al respecto, por César Borgia y los cardenales españoles, y por fin — punto de la mayor importancia — hasta por los cardenales franceses.

El conclave pudo abrirse el 31 de octubre.

De entrada, Juliano de la Rovere pudo considerarse como elegido.

Pasaron varias horas para cumplir las formalidades del voto, y a la mañana siguiente, 1º de noviembre, se proclamaba con todas las formas el resultado de los trabajos del conclave, uno de los más cortos que había conocido la larga historia del papado. Juliano de la Rovere había sido elegido papa unánimemente.

El nuevo papa tomó el nombre de Julio II.

EL PONTIFICADO DE JULIO II. — SU PROTECCIÓN A LAS ARTES

Un retrato pintado por Rafael nos muestra a este papa, de edad ya avanzada, pero robusto todavía, sentado en un sillón con los brazos ligeramente apoyados, la mirada escrutadora, fija en el espectador, los labios unidos, la nariz grande y robusta, y la barba canosa y luenga hasta el pecho; en fin, tal como lo han descrito sus contemporáneos: naturaleza poderosa, infatigable, ocupado siempre en grandes proyectos y empresas, inaccesible a influencias extrañas y que dominaba a todos; que oía todas las opiniones

pero procedía con independencia completa según su propio criterio.

De Julio II se ha dicho que era un hombre siempre ávido de empresas grandiosas. A pesar de haber contestado a Miguel Angel, cuando éste le preguntó si deseaba ser retratado con un libro en la mano, « a mí no me vengas con libros; yo no entiendo de literatura; retrátame con una espada en la mano »; desempeñó un papel importante en la historia del Renacimiento.

Julio II fué un decidido protector de las artes, no porque fuese entusiasta admirador de la belleza ideal, sino más bien porque era un profundo conocedor de su misión.

Castellesi (Adriano di Corneto), secretario en otro tiempo de Alejandro VI y creado cardenal el 31 de mayo de 1503, escribió una obra titulada *De vera philosophia ex quattuor doctoribus Ecclesiae*, sentando y defendiendo principios diametralmente opuestos al Renacimiento y humanismo. El autor de ese libro llega a conclusiones que en cierta manera resultan interesantes. Llega a afirmar que la vida intelectual no es sólo inútil sino que, más todavía, resulta peligrosa. Dialéctica, astronomía, geometría, música y poesía, no son otra cosa que manifestaciones de una vanagloria insensata.

Ni Aristóteles tiene relación alguna con Pablo, ni Platón con Pedro; todos los filósofos son detestables, réprobos; su sabiduría es vana, puesto que encontraron un solo fragmento de verdad y lo corrompieron por no hacer de él un uso conveniente.

La física, la ética, la lógica, no tienen ningún valor comparadas con la Sagrada escritura, cuya autoridad es incomparablemente superior a la de toda la intelectualidad humana junta.

El libro de Adriano di Corneto no puede considerarse

sino como un golpe descargado contra Julio II, antiguo enemigo de Alejandro, que ciñendo la tiara se disponía a glorificar su pontificado realizando el esfuerzo más alto que el arte cristiano era capaz.

Para la ejecución de sus proyectos, habíale favorecido la providencia con tres de las más grandes inteligencias que el mundo del arte ha conocido; ningún monarca había tenido hasta entonces, ni ninguno tuvo después tampoco, al mismo tiempo, tres hombres como Bramante, Miguel Angel y Rafael.

Con esos tres grandes artistas, Julio II pensó realizar sus ideales encaminados a la glorificación de su pontificado y a la exaltación de la Iglesia.

El cardenal Castellesi quería una rebelión abierta contra el papa, si lograba demostrar que él y su cortejo de obscurantistas estaban en lo firme, todos los planes del brillante y enérgico soberano fracasarían o merecerían la reprobación universal, y Julio II perdería la gloria de haber sabido unir a la memoria de su pontificado y a los intereses del catolicismo la más grandiosa, la más noble de las proezas.

Contestó el papa al cardenal Castellesi haciendo del Vaticano lo que es hoy.

Con el palacio parece que Bramante puso digno remate a sus numerosas y espléndidas obras, pero los planos para la reconstrucción de la basílica de San Pedro, con los diferentes croquis y alternativas que todavía se conservan, nos presentan a Bramante no ya sólo en el apogeo de su potencia creadora, sino también como la mentalidad más universal y más rica que consagró sus excepcionales dotes a la arquitectura.

Pidió a Miguel Angel que pintase en el techo de la Capilla Sixtina, cómo después de la caída de nuestros prime-

ros padres la humanidad emprendió un movimiento de separación y alejamiento de su fin último y más elevado (1).

De las construcciones monumentales de Julio II sólo citaremos el patio de San Dámaso, el comienzo de la reconstrucción de la colosal basílica de San Pedro y los mausoleos de Jerónimo Basso y de Scanio Sforza.

Un crítico moderno ha dicho de Julio II : « Para el historiador político es este papa el fundador de los Estados de la Iglesia; el historiador del arte le ensalza como el papa del Renacimiento, con mucha más razón que su sucesor León X. El pontificado de Julio II es la edad heroica del arte italiano » (2).

La política de Julio II

Desde el comienzo, Julio II se encontró con grandes inconvenientes. En todas partes reinaba un gran desorden, y para remediar esa situación carecía de tropas y de dinero.

El 8 de noviembre de 1503 lanza un edicto amenazando con penas severas a los barones culpables de dejar sus territorios campo libre a los ladrones y bandidos.

En el hecho, los Estados de la Iglesia no existían más que de nombre (3).

Todas las ciudades en rebelión, llamaban a los señores expulsados por los Borgia. En el Mediodía, franceses y españoles se combatían con furor; el norte había estado turbado por la política de los Borgia; Venecia profesaba para

(1) Para un estudio más detallado de esta cuestión, ver *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo III, cap. I, pág. 19 y sig., por F. X. Kraus; Pastor, *op. cit.*, tomo VI, pág. 425-567.

(2) Ver *Historia del Renacimiento*, tomo I, pág. 219 a 223.

(3) Pastor, *op. cit.*, pág. 214.

extender sin escrúpulos sus posesiones a despecho de las derechos legítimos de la Iglesia.

El reino efímero de Pío II había sido demasiado largo para dar a Venecia tiempo de tomar posesión, mitad de grado, mitad por fuerza, de las ciudades de Bertinoro, Fano, Montefiore y otras.

Los tenientes de César no tenían más que las pequeñas ciudades de Forli, Cosena y Forlimpópoli; de todos los lados de Romaña se observaban las intrigas tramadas por Venecia con idea de apoderarse de toda la provincia.

Con un poco de suerte, ellos podían reducir a César Borgia a no ser más que un duque sin tierras.

Todo, sin embargo, dependía de la actitud que tomara el nuevo papa. La situación de Julio II era muy difícil, ya que, sostenido al momento de su elección, a la vez por César Borgia, por el cardenal de Amboise y por Venecia, estaba comprometido con todos ellos.

Comienza por dar satisfacción al cardenal de Amboise, y le confía unas legaciones, a pesar de la oposición de varios cardenales y de los romanos; y confiere la púrpura a uno de sus parientes, François Guillaume de Clermont; esperaba obtener en cambio el apoyo de Francia contra Venecia.

Con César Borgia fué menos fácil arreglar las cuentas.

En realidad, los Estados de la Iglesia tenían, por el momento, menos que temer a César que a Venecia, dueña de gran parte de la Dalmacia y ambiciosa de aumentar sus destinos.

El 7 de noviembre de 1503, Gabriel de Fano, viejo familiar de Julio II, le transmitió datos muy preciosos para abrirle los ojos sobre lo que sabía del peligro.

El papa llega a declarar que él no podrá tolerar que la



República ponga las manos sobre las posiciones colocadas bajo la autoridad de la Iglesia.

El diez de noviembre, Maquiavelo cuenta que el papa había dicho al cardenal Soderini : « Yo he sido siempre y lo soy todavía, amigo de los venecianos, con tal que no realicen una iniquidad. Pero si ellos se obstinan a derribar los territorios que pertenecen a la Iglesia, yo me opondré con todas mis fuerzas y apelaré contra ellos a todos los príncipes de la cristiandad. »

En una conversación muy amigable con el embajador de Venecia Julio II afirma su afección para la República e insiste en su formal voluntad de restaurar la autoridad de la Iglesia en la Romaña.

El 18 de noviembre el papa conversó con el embajador de Venecia principalmente sobre las cuestiones de la Romaña. Julio II aprovecha la oportunidad para exponer con toda claridad su voluntad de reunir de nuevo al dominio de la Iglesia todos los territorios que había perdido y su resolución de no dejar ninguna parcela en poder de César o de cualquier otro.

Julio II trató de deshacerse de César Borgia, pero surge Venecia como un nuevo enemigo.

Con la muerte del padre de César, a éste sólo quedaba parte de la Romaña, que continuó siéndole fiel un mes aproximadamente.

Su enfermedad inoportuna resultó fatal para sus intereses. Los venecianos, siempre al acecho de ocasiones que pudieran ofrecerles oportunidad de ensanchar su imperio colonial, se posesionaron de Faenza y de Rímini; Pésaro volvió a poder de su señor primitivo; Imola y Forli se entregaron voluntariamente al papa. En los últimos días de enero de 1504, César se vió obligado a firmar un tratado, en virtud del cual abandonaba en manos de Julio II todos

sus derechos sobre la Romaña, a cambio de autorización para retirarse a donde le acomodara. Llega a Nápoles en la primavera y es arrestado por Gonzalo de Córdoba y enviado a España.

En el año 1507 perdió la vida en una batalla en Navarra. El poderío de los Borgia se había extinguido (1).

Todos los Estados de Europa llegaron a envidiar la prosperidad y opulencia de Venecia, al mismo tiempo que su política egoísta habíala dejado sin ningún amigo.

En septiembre de 1504 el papa consigue formar una liga antiveneciana entre Maximiliano y Luis XII de Francia, liga que, si no hizo nada positivo, alarmó a los venecianos y éstos devolvieron Rávena y Cervia, poseídas desde algún tiempo atrás, reteniendo solamente Faenza y Rímini.

Durante este período llevó Julio II a cabo otros dos actos de importancia : devuelve los castillos a los Colonnas y a los Orsini y publica una bula contra la simonía en las elecciones papales. «No fué muy inmaculada la suya y la medida muy bien puede tener por objeto imponer silencio a los rumores que sobre este particular circulaban, pero lo más probable es que fuera fruto de una compunción sincera » (2).

Los esfuerzos de Julio II no fueron estériles, ya que si bien en elecciones posteriores se recurrió al soborno « en la forma grosera de dinero sonante y contante », no parece que influyera de una manera decisiva en la elección de ningún otro.

Sin deponer su furia contra Venecia, Julio II trató de

(1) Ver *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo I, pág. 300, por A. Burd.

(2) *Historia del mundo en la Edad moderna*, tomo I, pág. 386, por R. Garnett.

compensar las pérdidas de la Iglesia por medio de adquisiciones en otros lugares. Como consecuencia de la ruina de los Borgia, habían vuelto Urbino y Perugia a poder de sus antiguos señores, Ferrara quedaba huérfana de la protección que el matrimonio Borgia lo aseguraba y en Bolonia la tiranía de Bentivoglio no parecía sino proponerse provocar un ataque.

El duque de Urbino era deudo del papa, y Ferrara demasiado fuerte; pero Julio se consideró en condiciones de defender los derechos de la Iglesia sobre Perugia y Bolonia.

Gozaba Bolonia del protectorado del rey de Francia y Julio debía procurar disolver esta alianza y recibir el compromiso de cooperación por parte de Francia. El cardenal de Ambroise, primer ministro de Luis XII, se presta a secundar sus miras con la condición de que fueran hechos cardenales tres sobrinos suyos. El papa obtiene lo que desea y en agosto de 1506 parte de Roma al frente de un ejército propio, espectáculo jamás visto por el mundo cristiano.

Perugia se rinde sin oponer resistencia, a condición de que los Baglione no serían expulsados completamente de la ciudad.

Julio II continúa su marcha, cruza los Apeninos y el 7 de octubre lanza una bula deponiendo a Juan Bentivoglio y excomulgándole conjuntamente con sus parciales.

Simultáneamente, 8000 soldados franceses de Milán avanzaron contra Bolonia. Bentivoglio, impotente para resistir el doble ataque, opta por refugiarse en el campamento francés. La ciudad abre las puertas a Julio II, quien puede vanagloriarse de haber vindicado sus derechos y ensanchando los dominios papales sin costarle una sola gota de sangre.

La conquista de Bolonia, bien puede considerarse como el prólogo de la conquista de Venecia.

Venecia debió advertir que había de vérselas con un ene-

migo formidable; persistió, sin embargo, manteniendo sus mal adquiridas posesiones de la Romaña. Sus adquisiciones más recientes en Lombardía habían sido obtenidas como precio de la cooperación prestada a la ruina de Ludovico Sforza; en fin, las adquisiciones de las ciudades napolitanas eran, a pesar de todo, el fruto de otras iniquidades.

A instigación de Julio II, las potencias concluyeron el 10 de diciembre de 1508, el famoso tratado conocido en la historia con el nombre de *Liga de Cambrai*.

En virtud de esta liga, los dominios continentales de Venecia debían ser distribuídos entre ellas, dejando a salvo los derechos del papa sobre Mantua y Ferrara. España, en el caso de formar parte de la liga, adquiriría las ciudades napolitanas ocupadas por Venecia; Dalmacia pasaría a Hungría; hasta el duque de Saboya se dejó atraer por el cebo de Chipre.

Julio II hizo pública su adhesión a la liga el 25 de marzo de 1509; los venecianos le ofrecieron el 7 de abril la devolución de Faenza y Rímini. El papa no aceptó.

El 27 de abril publica una violenta bula de excomuni6n. Penetran sus tropas en la Romaña, pero el emperador y España retrocedieron y abandonaron a Francia la conquista de la Lombardía. Los venecianos sufrieron una derrota completa en Agnadel el 14 de mayo y los franceses se posesionaron acto seguido de la Lombardía hasta el Mincio. La dispersi6n de la milicia nacional había llenado de pánico a los venecianos, los que se apresuraron a devolver al papa las ciudades disputadas de la Romaña.

Idéntica actitud de su misi6n tuvieron con Maximiliano, que ocupaba entonces los territorios del este del Mincio, y hasta el 17 de julio, en que vino a reanimarlos algùn tanto la escasez de tropas y falta de dinero del enemigo, no se resolvieron a recobrar Padua; Maximiliano, herido en su amor

propio, logra reunir un ejército numeroso; Venecia consigue concentrar sus fuerzas y alzar nuevas levadas en Dalmacia y Albania.

Padua fué objeto de sitio durante la segunda mitad de septiembre, pero hubo de ser levantado a comienzos de octubre. Los venecianos recobraron la mayor parte de las conquistas hechas por Maximiliano; levántase su decaído espíritu, pero por poco tiempo: su escuadra es destruída en el Pó por la artillería del duque de Ferrara, y Venecia es nuevamente humillada.

Julio II era en ese tiempo el terror de los venecianos; no se contenta solamente con la devolución de los territorios que le arrebataron, sino que exige también la sumisión de dicha república en todas las cuestiones eclesiásticas. Venecia debía renunciar a sus pretensiones sobre provisión de obispados y beneficios sobre apelaciones en cuestiones eclesiásticas y sobre tributos exigibles al clero.

Venecia no volvió a reconquistar con carácter permanente sus posiciones en la Romaña, pero recobró la mayor parte de sus pérdidas territoriales de otras comarcas en virtud del tratado de Noyon de 1516. Venecia consigue la absolución solemne del papa el 24 de febrero de 1510, en cuyo acto se separó Julio II abiertamente de la liga de Cambrai.

El incidente significa la consolidación de los estados pontificios. Considerado desde este punto de vista, Julio II llevó a cabo grandes cosas. Gracias a su acertada diplomacia y a su osadía, no sólo mantiene y reconquista lo ganado por Alejandro VI, sino que aumenta el poderío temporal del papado.

Llegó a la posición que muchos papas habían deseado ocupar: ser dueño de su propia casa y señor soberano de extensos territorios. Esto no obstante, debió pensar, no sin cierto remordimiento, que si consiguió esos fines fué alián-

dose con el extranjero, para arruinar al único estado italiano verdaderamente italiano.

Resulta realmente escandaloso su cambio de actitud, para con los aliados que tan eficazmente le ayudaron a lograr sus fines.

Pero hizo público que cifraba su aspiración última en la liberación de Italia del yugo extranjero; y los patriotas italianos, al verle así, aceptaban esos cambios del papa.

Una oportunidad propicia se presentó a Julio II : Luis XII se negó a aceptar las condiciones formuladas por los suizos para renovar la alianza, que le aseguraba un considerable núcleo de tropas mercenarias; Julio II ocupa el lugar de Luis XII y los suizos se comprometen a ayudarle con 15.000 hombres.

El papa, envalentonado, resuelve dar comienzo a la guerra, pese a que las invitaciones dirigidas a los demás aliados fueron recibidas fríamente; pese hasta la concesión de la investidura de Nápoles, ultraje estudiado inferido al rey de Francia, que no fué bastante para arrastrar a su causa al rey Fernando. Los venecianos, por el contrario, deseosos de vengarse del duque de Ferrara, abrazaron la causa de Julio II.

El primer acto de hostilidad fué una bula de excomunión contra el duque de Ferrara.

Módena fué reducida por las fuerzas del papa, pero cuando Julio II llegó a Bolonia se encontró con que los suizos le habían abandonado pretextando que ignoraban hubieran de batirse contra Francia, al aliarse con el papa. Esta circunstancia deja al general francés de Chaumont el país a su disposición, llegando hasta cerca de Bolonia y con un poco de más energía se hubiera apoderado de la persona de Julio II, el que se hallaba postrado en cama, enfermo.

En el tiempo que duran las negociaciones del general

francés, llegan refuerzos venecianos que rescatan al papa. Cuando Julio II se restableció, emprende la reducción de los castillos de Concordia y Mirándola, que dominaban el camino de Ferrara. Mirándola resiste hasta el invierno y el papa, encolerizado por la lentitud de sus generales, se dirigió en persona al lugar de las operaciones. Allí mantiene íntimas relaciones con sus subordinados, fraterniza con los oficiales, bromea con los soldados y se hace querer por todos gracias a su provisión inagotable de anécdotas y a su carácter férreo.

Cae Mirándola, pero ello marca el fin de los progresos de Julio II. Trivulzio, nuevo general francés, desciende sobre Génova, exasperada por el desacertado gobierno del legado Alidosi, expulsa a las tropas del papa y restaura a los Bentivoglios. La estatua de Julio II, obra de Miguel Angel, fué derribada de su pedestal y el duque de Ferrara, a pesar de su amor al arte, no pudo resistir la tentación de convertirla en un cañón. Alidosi cae destrozado en manos del duque de Urbino, Mirándola fué reconquistada y Julio II, vencido, vuelve a Roma resuelto como siempre y dirige sus miradas en demanda de apoyo a España, a Venecia y a Inglaterra, que no habían de resultar estériles.

Pero antes que llegara a formarse la Santa Liga, cae el papa peligrosamente enfermo. Cuando su estado era desesperante, los Orsini y los Colonna, a los cuales restauró, renovaron sus antiguas luchas. Uno de los Colonna, Pompeyo, obispo de Rieti, exhorta al pueblo a apoderarse del gobierno de la ciudad y en ese instante se repone Julio II.

Su muerte hubiera alterado profundamente la política de Europa; tan importante factor había llegado a ser el poder temporal; por otra parte libró a la Iglesia de un pequeño cisma malogrado.

En 1511 se reúnen en Pisa algunos cardenales desidentes,

reforzados por algunos obispos y abades franceses con la pretensión de formar un concilio general; es lo que se llama en la historia Concilio de Pisa, cuya obra, dice un cronista, no vale la tinta que se emplearía en reseñarla.

Como resultado principal del Concilio de Pisa, debe citarse la convocación a un Concilio en Letran, convocado por Julio II en 1512. La medida del papa era realmente atrevida, pues nada causaba a los papas tanto temor como los concilios generales, porque éstos concilios entrañaban al mismo tiempo la necesidad de reformar la Iglesia y circunstancias de orden político.

Julio II podía haber iniciado la campaña en 1512, pero antes que principiase sus movimientos había terminado la invasión de la Lombardía por los suizos, con la cual él contaba como factor importante.

Los suizos cruzaron los Alpes descorazonados al encontrarse sin apoyo, cuando se presentó frente a Bolonia el ejército de Julio II formado principalmente por españoles al mando del general Cardona y el contingente del papa a las órdenes del cardenal de Médicis, más tarde León X. Bolonia hubiera caído si los franceses no hubieran tenido por jefe a un genio militar, el joven Gaston de Foix.

Gaston obligó a los aliados a internarse en la Romaña y los derrotó en la gran batalla de Rávena, la más pintoresca de las batallas « pintoresca en todos sus detalles, desde la membruda figura del rebelde cardenal Sanseverino, que armado de todas armas se resuelve para destruir al papa, y la prisión del cardenal de Médicis por los griegos al servicio de Francia, hasta la muerte del joven héroe, al intentar coronar la victoria con el aniquilamiento de la incontrastable infantería española » (1).

(1) R. Garnett, *op. cit.*, cap. V, pág. 395.

A no haber perdido la vida, Gaston de Foix hubiera llegado a Roma y el papa se habría sometido, o pasado cautivo a Francia, o refugiado en España.

Algunas semanas después otra invasión suiza llamó a los franceses a la Lombardía. El ejército francés estaba formado por mercenarios alemanes, los que desertaron por orden del emperador; y el ejército, que amenazaba llegar a las puertas de Roma, tuvo que abandonar a Milán y con ella todas las conquistas de los últimos años.

Huye a Francia el concilio reunido contra la voluntad del papa y el cardenal de Médicis fué rescatado por los campesinos lombardos. El duque de Urbino, distanciado con el papa a consecuencia de la actitud tomada con la persona del cardenal Alidosi, se presenta en cierto momento a proporcionar otro ejército a Julio II; los Bentivoglio huyen de Bolonia y las fuerzas papales ocupan Parma y Placencia. Julio II, no obstante, no se decide a hacer nada mientras el duque de Ferrara estuviera en posesión de sus dominios.

El duque de Ferrara se dirige a Roma, el papa lo recibe amablemente, lo absuelve de todas las censuras espirituales, pero en lo temporal se muestra inflexible; era que quería le fuera entregado el ducado. Como Alfonso se mostraba también enérgico, no tardó el papa en olvidarse de sí mismo y llegó a amenazarle con enterrarle en una prisión; pero Fabricio Colonna, cautivo del duque de Ferrara, que lo acompañó a Roma, viendo que era su reputación lo que estaba en juego, le proporcionó medios de escapar y escoltó en su viaje de regreso. « Tan hermosas pruebas de honor personal no son casos aislados, sino frecuentes en los anales de la época, tanto más de admirar cuanto que ofrecen consolador contraste con la política general llena de inmoralidad » (1).

(1) R. Garnett, *op. cit.*, cap. V, pág. 396.

Un acontecimiento próximo habría de darle a Julio II el título de Libertador de Italia.

Era necesario decidir la suerte del ducado de Milán, que Fernando y Maximiliano deseaban conferir a su nieto Carlos, más tarde Carlos V.

Julio II no había expulsado a los franceses para que fueran substituídos por los españoles y austriacos, así que pidió la restauración de la dinastía italiana expulsada, en la persona de Maximiliano Sforza. Los suizos, por razones pecuniarias y políticas, abrazaron la causa de Sforza, quien fué restaurado.

Este arreglo debía ser provisional y poco duradero; pero la restauración, por efímera que fuese, de una dinastía italiana en un Estado tan disputado por los extranjeros, era más que suficiente para dar gloria a Julio II.

Indudablemente cumplió con su deber de soberano italiano, y no debemos fijarnos en que no lo hubiese realizado sin el apoyo extranjero, ni en las ventajas que le reportó tener en sus manos Parma y Placencia, que hasta entonces pertenecieron a Milán; pero se descubrió que 400 años antes habían sido legadas a la Iglesia por la condesa Matilde.

En medio del regocijo causado por el crecimiento del poder temporal de la Iglesia y la expulsión de los franceses, pasó inadvertido un acontecimiento deplorable; fué la sublevación de la República Florentina y la restauración de los Médicis, ambos hechos imputables al papa, que los permitió, y a los españoles, que los efectuaron.

Pero nadie prestó atención a estos sucesos, pues la familia de los Médicis era italiana, y no previeron que más tarde un papa de dicha familia, con tal de asegurar a los suyos el gobierno de Florencia, sacrificaría la independencia de Italia.

Julio II deseaba con ahinco la sumisión de Ferrara y el

triunfo del Concilio de Letran, por él convocado para contrarrestar al de Pisa. Para esto necesitaba el apoyo de Maximiliano, ya que sino el concilio sería poco respetable, como su rival, si no lo reconocían Alemania y Francia.

Por exigencias de Maximiliano, en cambio de su adhesión, Julio II ordenó a los venecianos la rendición de Verona y Vicenza y que a Treviso y Padua las conservasen como feudos del imperio. Como los venecianos se negaron, Julio II los amenazó con excomulgarlos, amenaza que no pudo cumplir, afortunadamente para su reputación, pues cayó enfermo.

El mismo manifestó el 4 de febrero de 1513 que no tenía esperanzas de curar; el 20 recibió los sacramentos, falleciendo al día siguiente. Sus últimos días lo honran : deploró las faltas cometidas, dió consejos para el nuevo cónclave y dispuso una nueva publicación de su bula contra la simonía.

Referente a los asuntos exteriores parece que no habló.

« Jamás — dice Paris de Grassis, su maestro de ceremonias —, han asistido tantas personas al funeral de ningún papa, arremolinándose para besar sus pies, pidiendo con gritos, lamentos y lágrimas la salvación del alma del que había sido verdadero papa de Roma, vicario de Jesucristo, mantenedor de la justicia, autor de la prosperidad de la Iglesia, destructor de tiranos y azote de enemigos. Muchos que, al parecer, debían recibir con alegría su muerte, la lamentaron derramando lágrimas y diciendo : « Este papa nos ha libertado a todos nosotros, a toda Italia y a toda la cristiandad de las manos de los franceses y de los bárbaros. »

Durante su pontificado, ni por un momento dejó de empuñar la espada; fué un papa más aficionado a manejar las armas que la Sagrada Escritura.

De la misma manera que libertó a Italia del ascendiente de Francia, quiso librarla del de España.